
AMÉRICA.

En la antigüedad no se tenía conocimiento más que de una porción bastante considerable del gran continente asiático y ella formó por muchos siglos el mundo de los tiempos primitivos; con el transcurso de los años, el territorio conocido fué siendo dividido en tres partes, que denominaron "del mundo," supuesto que ellas lo eran de lo que como tal reconocían. A la primera y más extensa de esas partes se le llamó *Asia*, habiendo quedado contenidas en ella las regiones que tradicionalmente se tuvieron como cuna de la humanidad; la segunda, que llamaron *Africa*, quedó tomada por la inmensa península pendiente del gran continente por el angosto istmo de Suez; y la tercera, más caprichosamente designada, recibió el nombre de *Europa*; pero llegó la época de los descubrimientos y Colón, buscando por el occidente de Europa un paso directo para las Indias asiáticas, se encontró en su larga travesía con islas y un territorio interpuestos á su ruta, lo que en su preocupada imaginación tomó por las Indias que buscaba, dando en su error á los habitantes que en ellas encontró el nombre de *indios*, que aún conservan.

Nuevas investigaciones del ilustre genovés y de otros atrevidos exploradores revelaron el error en que se había incurrido y pusieron de manifiesto que lo que se había descubierto, no era un camino para las Indias, sino un "Nuevo Mundo,"

como lo llamaron en su entusiasmo lo absortos europeos, cuando llegaron á saber que el hallazgo había sido de todo un continente que tendido de N. á S., casi de polo á polo, llenaba con sus graciosos contornos una gran parte del globo que habitamos, sirviendo de línea divisoria á los dos grandes océanos que, aun divididos, nos asombran con su inmensidad.

Magallanes, el audaz marino, demostró cuál era el extremo meridional del Nuevo Mundo y cómo por allí era posible pasar de océano á océano y llegar á las Indias, según se pretendió; pero esta ruta, por su enorme distancia, no podía satisfacer á las necesidades de los Gobiernos y del comercio europeo, por lo cual la actividad humana se dedicó á buscar el paso para las Indias por el extremo septentrional del continente, que habría acortado mucho la distancia si hubiera llegado á encontrarse. Grandes gastos y muchas vidas ilustres se sacrificaron en tal empresa; todo fué inútil, porque las nieves del polo presentaron siempre un obstáculo invencible, capaz de llegar á generalizarse la convicción de que el extremo norte de América separaba completamente el Atlántico del Pacífico, sin que fuera posible doblar el continente por su extremo septentrional. Franklin, navegante amado y admirado de todos, fué el encargado en 1845 de hacer la última tentativa, encargándolo del mando de la expedición que se tuvo aun la constancia de expensar; pero pasaron dos años sin haberse vuelto á tener la menor noticia de su suerte y el pueblo inglés, emocionado por la pérdida del ilustre marino á quien tanto amaba, obligó al Gobierno á mandar otras expediciones terrestres y marítimas para buscar, ya no el ambicionado paso, objeto antes de todas las expediciones, sino al hombre querido á quien todos deseaban salvar.

En 1850 y con este laudable fin, Mac-Clure penetró en el Océano Glacial por el Estrecho de Behring y costeano el litoral norte del continente, pasó más adelante del cabo Icy descubierto por Cook, pasó también la punta Barrow en don-

de se detuvo Beechey en 1826 y acabó por penetrar hasta los estrechos de Banks, donde con su buque quedó prisionero de los hielos, hasta que en la primavera siguiente logró atravesar el estrecho y llegar á la isla Melville en una situación casi desesperada. Providencialmente y por el rumbo del E. llegó á la misma isla el navío de Kellett, practicando las mismas pesquisas y merced á tan casual encuentro, Mac-Clure y sus marinos se salvaron, quedando por fin demostrado que, si bien existía un paso entre el Atlántico y el Pacífico por el extremo norte de América, ese paso era completamente inútil para el tráfico comercial y habiéndose conseguido averiguar á la vez la triste convicción de la muerte de Franklin y de sus 158 acompañantes, agotados todos por las privaciones y las enfermedades.

Las diversas exploraciones practicadas antes y después de este triste acontecimiento dieron á conocer con bastante exactitud las islas que forman el archipiélago septentrional americano y una vez recorrido todo el perímetro del continente, pudo apreciarse que el mundo descubierto merced al genio de Colón, abrazaba con todas sus islas una superficie de 41.832,213 kilómetros cuadrados, de los que, 27.229,500 kilómetros corresponden á la parte norte del Ecuador y 14.832,713 kilómetros á la otra parte que queda al sur del mismo Ecuador.

La posición de este gran continente separando los dos océanos, hace que no pueda tener más que dos vertientes, propiamente hablando; la oriental que es la más importante, lleva todas sus aguas al Atlántico y la occidental, en la que no hay un solo río de gran importancia, dirige sus corrientes al Pacífico. Las cuencas fluviales son innumerables y muchas de ellas vastísimas en su extensión, pues América ostenta su Amazonas, que es el primer río del mundo por lo caudaloso y su Mississippi que, á su vez, ha ocupado el primer lugar por la longitud de su trayecto. Por todas sus condiciones hidrográficas es asimismo notable este Nuevo Mundo que, al ser conocido, tenía que superar al Mundo Antiguo, quitándole

el primer lugar no sólo en ríos, sino también en lagos, en cascadas, en paisajes, en feracidad y en riquezas minerales. En la región americana del Sur, al lado de la pavorosa majestad del caudaloso Amazonas, corren otros tan risueños y poderosos como el de la Plata, el Orinoco y el Magdalena, á la vez que la región Norte luce el gran Mississippi, el San Lorenzo y el Yukón, río que va á depositar sus aguas entre las nieves polares. Ninguno de los grandes lagos del mundo, iguala siquiera, en superficie, á la vasta extensión del Lago Superior Americano, como no hay otra cascada que pueda compararse con la del Niágara, notable entre las más notables; y si en materia de magnificencia América en su Norte nos presenta esos modelos, nada más bello que el niveo lago de Titicaca, coronando una de las elevadas mesetas que sostienen los gigantescos Andes, como nada más poético que el arrullador Salto del Tequendama, en Santa Fe de Bogotá, modelos ambos con que nos brinda la América del Sur.

Todos los climas se encuentran registrados en un continente que abraza tantas latitudes, por consiguiente cuanto puede producir la naturaleza, es fácil obtenerlo en sus diversas zonas; el calor tropical en toda su fuerza, el mismo calor modificado por la altura, el frío polar en todo su vigor sin presentar un átomo de vida, el mismo frío, suavizado por corrientes marinas y vientos bienhechores, forman una escala gradual de todas las temperaturas, de todos los fenómenos atmosféricos y de todas las condiciones adaptables á las diversas ramas etnográficas de la humanidad. La riqueza mineral del continente es asimismo tan varia como abundante; pero llamarán siempre la atención el Brasil con sus diamantes, Alaska y California con su oro, y México y Perú, que cualquiera los diría asentados sobre un subsuelo de plata.

Cuando á mediados del siglo XVI el mundo antiguo saludó alborozado la aparición del mundo nuevo descubierto por Colón y por la pléyade brillante de audaces exploradores que le sucedieron, no llegó á calcularse toda la importancia del

descubrimiento, porque del momento no podían ser conocidos todos los detalles que constituyen la riqueza de esta tierra virgen. Al expirar el siglo XIX, ya se le conoce, ya se le considera y ya se empieza á comprender la importante influencia que alcanzará este continente que, á sus grandes elementos, reúne la circunstancia de ser el país clásico y exclusivo de la libertad republicana. No sabemos lo que le guarde lo porvenir, porque nosotros sólo vemos por ahora que América, cual bella Madona, parece dormir tranquila en el blando lecho que le forman los dos océanos, adornando su frente con la diadema de nieve eterna que le ofrece el Polo Boreal, mientras calienta sus pies en la Tierra del Fuego, no obstante la proximidad del Polo Austral. Respetemos su sueño y en el entretanto, estudiémosla más y más, para que más pronto llegue á la cima de sus espléndidos destinos.